

# Bereshit

*(Al principio)*

*a... Lissette Silva Lazcano*

Lo importante no era que así lo hubiese dicho Dios, lo trascendente, era que en su cuerpo la Creación se ejercía cada día de diferentes maneras, quedando el séptimo día inconsciente frente a un espejo ante el cual no sabía reconocerse.

Se sabe que al principio, cuando Dios creó el Cielo y la Tierra, no existía nada y Ella se sentía así en su mente. En su cuerpo la nada forcejeaba con algún músculo embriagado por el rocío de un átomo; todo en Ella era oscuridad, abismo, y sobre todo humedad, vapor que caía en agua desde aquél triángulo investido por una vellosidad desconcertante.

Sin saber cómo, un resplandor cubrió sus ojos y separó las tinieblas, sintió un fuerte latido en su interior, observó sus manos, tocó sus labios y sin más se comprendió a sí misma. Caminó, arrastró sus pies por la arena y sin dejar huellas marcó su destino, pero su destino parecía ser pequeño, sólo daba vueltas en un círculo de polvo enmarañado por sus pies, fue así como aquel mareo la derrumbó y le obsequió un sueño lento, tragado por el Océano

Al despertar, la frescura que su cuerpo destilaba la relajó, comprendió que aquel triángulo que regaba las tinieblas había decretado iluminarla: Ella es el punto entre el firmamento y las aguas, Ella había regalado a aquella nada una humedad tibia y fresca.

Así pasó algo que hoy podría definirse como tiempo. Sus pies caminaron sobre el agua sin deslizarse y escuchó una voz invocar a la tierra, su equilibrio tartamudeó, cayó en el lugar donde instantes atrás existía agua y observó un piso oscuro con una textura inexplicable que olía como su propia carne. Se levantó. En su piel había rastros de oscuridad diminuta confundida entre el verdor y los colores de un

sin fin de flores, su olor era demasiado apetecible, por lo que sin pensarlo devoró cientos de flores azules, violetas, rojas; su saciedad quedó satisfecha cuando una risa creó un eco que hizo temblar la tierra. Por instinto se ciñó de un árbol, un árbol hermoso, frío, inmaterial. Al abrazarlo, se abrazó a sí misma y sin saber por qué, comprendía cada vez más cosas, sus ojos absorbían todo lo que veían, cualquier movimiento, inclusive la quietud.

Caminó, se sentó en una roca, su textura era dura, parecía defenderse con demencia; rápidamente se levantó y se sentó a su lado. Atónita vio desarrollarse dentro de sí dos círculos, en uno había resplandor, en el otro, sombras. La cima de estos círculos era suave, pero al tocarlos, se endurecía, provocando un cosquilleo en todo su cuerpo, especialmente donde se guarecía la humedad madre del Océano.

Se levantó, absorbió la brisa y un instinto salvaje se apoderó de Ella y así entre gritos, vomitó insectos, larvas, moléculas, células que al unirse con el oxígeno se convirtieron en fabulosos animales. No sabía que decir, no conocía las Palabras. En su Silencio se supo creadora de algo que había salido de su interior.

Con un sentimiento extraño se hincó hasta caer en la tierra, se sintió tranquila, hechizada por aquella textura, y sin saber por qué, palpó los círculos impuestos en su cuerpo, primero los rozó suavemente, después apretó una y otra vez sin descanso, encogió las piernas con estremecimiento, las cruzó, las estiró una y otra vez hasta que una de sus manos la obligó a separarlas para traspasarse en el centro de su totalidad. Introdujo uno a uno sus dedos sedientos, hambrientos de Ella, de su interior, de..., bajó la otra mano y la humedeció en el lodo formado con la tierra y su humedad. Antes de penetrar, una y otra vez enterró sus dedos, era algo inexplicable, un deleite cruel porque la hacía gastar su rocío, (sabía que en algún tiempo no podría saciar su sed, pero no le importó), metió ambas manos, el dolor fue inmenso, lo saboreó unos segundos, retiró una mano y dejó a la otra ejercer movimientos lúdicos dentro de sí, cientos de veces se penetró hasta que ¡Aghhhh!, algo venía, sintió un escalofrío, separó más las piernas, enclavó más

las manos hasta jalar aquella sensación que le provocaba gemir. Se movió, se hincó, miró al cielo y cayó sobre una de sus manos, sus caderas apuntaban al norte del desierto y fue ahí, en aquel movimiento brusco cobijado por un jadeo, donde su cuerpo expuesto a la soledad expulsó a un hombre, un hombre moreno, blanco, negro, invisible... que sin pronunciar palabra la tomó y la penetró hasta perderse nuevamente en Ella.

Sí, es verdad que cuando Dios creó la Tierra y el Cielo, y la nada era la carne del esqueleto que hoy existe, dejó que Ella creará de su humedad a un hombre, quien la penetró hasta hacer de ella "La Palabra", y de su semen nacían inmensos árboles; de todos sobresalían dos, uno transparente, el otro rojo como el fuego.

Dios mezcló su voz con el viento y le dijo a Ella, "Aléjate del árbol transparente y del rojo como el fuego bajo condena de ser enjuiciada por tu humedad". Ella, sin decir nada, cerró los ojos.

Llegó la tarde, la penumbra hechizaba el Cielo y Ella se recorría. Sin saber el origen, vio una criatura invertebrada, levantada, la criatura la abrazó, pasó entre sus piernas y se enrolló en los círculos de su cuerpo, aquel roce la inquietó, la hizo caer y sostenerse con sus manos y sus rodillas y así gateando llegó hasta los árboles prohibidos por Dios.

Ella intentaba alejarse, pero aquél rozamiento convertía el deseo en demencia. Ella se olvidó del hombre. Aquella criatura la rozaba una y otra vez, y así la atrajo hacia los árboles de Dios; el movimiento de la criatura era desmedido. Ella quedó en medio de los árboles, sus círculos apuntaban al sur del árbol transparente y su cadera al norte del árbol rojo, aquella bestia se movió un poco más y... ¡aghhh!, su humedad regó la tierra, los árboles desaparecieron, la mujer se vio desnuda y a lo lejos percibió la mirada lasciva del hombre; buscó algo para taparse mientras el hombre caminaba velozmente hacia Ella, intentó correr, pero el Hombre la tomó y la penetró. Ella olvido "la Palabra", su centro quedó seco y su humedad frente al Silencio de Dios se convirtió en llanto.

Sí, nunca fue importante que así no lo hubiese deseado Dios, lo trascendente es que desde entonces su cuerpo inconsciente no sabe reconocerse frente al espejo.

Martha Leticia Martínez de León...*Silencio*